

Padre.— (*Sarcástico.*) Pero sí miedo a la compañía. (*Hernán intenta hablar y el Padre lo interrumpe.*) No olvide que desde hace mucho conozco a su familia y es de todos notorio que vive a su manera. Usted dista de ser el hombre que pudiera desear para Isabel, pero al mismo tiempo no puedo estar ciego para no darme cuenta de lo que usted significa para ella y por eso quiero poner las cosas en claro. Hernán, ¿está dispuesto a formalizar su relación con Isabel?

Hernán.— Eso es un asunto que tenemos que hablar primero Isabel y yo.

Padre.— Bien sabe que Isabel está totalmente dispuesta, y si no lo sabía, yo se lo aseguro. Y para ser sincero le diré que más que quererlo a usted, lo que quiere es formar un hogar y sentirse madre, y yo no estoy seguro que usted se los pueda proporcionar.

Hernán.— (*Se incorpora e intenta salir de la casa.*) No estoy dispuesto escuchando.

Padre.— (*Se pone de pie y sigue a Hernán.*) Usted tiene miedo a comprometerse. ¿A qué si no viene ese viaje tan oportuno? (*Hernán se siente sorprendido.*) Conozco eso y muchas cosas más, tales como que usted no piensa regresar en el tiempo que le ha dicho a Isabel.

Hernán.— Eso habría que esperar para verlo.

Padre.— Y yo no estoy dispuesto porque sé que Isabel sufriría mucho y no voy a permitirlo. Si está seguro, por qué no formaliza su relación antes de su viaje.

Hernán.— Usted no tiene derecho a ponerme restricciones.

Padre.— No se lo discuto. Hay verdades que reconocer por las dolorosas que sean. La muerte de mi mujer rompió la unidad de este hogar, ella era el lazo de unión entre los dos. Después de su muerte, me di cuenta que había pasado demasiados años sin el cariño mutuo, para que volviéramos Isabel y yo a ser padre e hija.

Hernán.— Ella es una persona madura.

Padre.— Lo único que he podido darle a Isabel es la posibilidad de no sufrir. La única pena que ha tenido es la muerte de su madre, pero logré que fuera lo menos intensa posible.

Hernán.— Usted se equivoca. Isabel hubiera preferido sufrir mucho pero tener la oportunidad de vivir. Aquí entre estas cuatro paredes, Isabel no ha hecho otra cosa que vegetar.

Padre.— Lo acepto, y por eso creo que es momento de sincerarnos. Me da miedo el futuro de Isabel. ¿Qué más quisiera yo que la pudiera hacer feliz?, pero no tengo la seguridad, y esa inseguridad me quita la poca paz que conservo ahora que soy viejo... Hernán, yo no siento confianza con usted. Quisiera conocerlo tal cual es. De usted se podría decir que es como los fantasmas, todo el mundo habla de ellos pero ninguno sabe lo que realmente son.

Padre.— Isabel es una mujer inteligente. El hecho de que lo quiera es que debe haber descubierto en usted facetas que yo desconozco. Hernán, como verá, he puesto sobre la mesa mis cartas, ahora quisiera ver la suyas, y después sabré si gané o perdí la partida. (*Hernán se queda mirando en el vacío.*) ¡Por el amor de Dios diga algo!

Hernán.— (*Sorpresivamente alterado.*) ¡No se me ocurre nada!

Padre.— ¡Usted es un cobarde! ¿No sé cómo puede Isabel quererlo? Porque lo quiere, ¿no es cierto?

Hernán.— ¡No lo sé! ¡No lo sé! Si lo supiera, todo sería diferente.

Padre.— ¿Estaría dispuesto a averiguarlo?

Hernán.— ¿Cómo?

Padre.— Casándose con ella.

Hernán.— No tengo ninguna seguridad de ser feliz.

Padre.— Usted debiera pensar en hacerla feliz.

Hernán.— No puedo, tengo que pensar también en mí.

Padre.— ¿Por eso quiere separarse ella?

Hernán.— (*Habla con sinceridad.*) No, don Alfonso, quiero huir... para que fuera menos dolorosa la separación.

Padre.— Usted tiene miedo de querer.

Hernán.— Todo se precipitó más allá de lo que pretendía.

Padre.— (*Seco.*) Creo que hemos dicho más de lo necesario. (*Le extiende la mano a Hernán.*) Adiós.

Hernán.— Don Alfonso, no le diga nada a Isabel. Yo no soportaría sus reproches.

Padre.— ¿Y qué quiere que haga? ¿Dejarla indefinidamente esperando algo que nunca llegará? No Hernán, Isabel tiene que saber la verdad ahora mismo. (*El padre se dirige a la escalera.*) ¡Esta situación ya la veía venir!

Hernán.— Estoy seguro de que la deseaba ya que todo está polémica no tiene otro objetivo el que Isabel no se separe de usted.

Padre.— ¿y por qué no voy a tenerlo, si la vida me ha hecho sufrir?

Hernán.— Con esa forma de pensar, usted no puede amar a una mujer.

Padre.— ¿Y quién ama a una mujer?

Hernán.— Don Alfonso, espere, déjeme hablar con ella... Le diré toda la verdad. Ella sabrá comprenderme.

Padre.— ¿Y qué seguridad tengo de que va a ser totalmente sincero?

Hernán.— Ninguna, porque no tengo argumento que darle, como nunca he tenido argumentos que darle a nadie para justificar mi sinceridad. Usted duda de mi integridad porque no sabe con certeza como soy. Ni siquiera yo lo sé. Yo no tengo la seguridad de nada. Dudo de todo, hasta a veces llego a dudar de que Isabel me quiere. ¿Estaría dispuesta conmigo a todo? Si así fuese no veo en qué pueda importarle. (*Se acerca aún más a la escalera.*) Tengo miedo de ser feliz... tengo miedo de entregarme. ¿Me comprende ahora? Todos tenemos un destino. El mío es el de la inseguridad. Nunca le había hablado a nadie así; siento una gran zozobra interior al hacerlo, como si se hubiera perdido algo muy íntimo. Desde que conocí a Isabel, el equilibrio interno que tantos años me había tomado en lograr, se derrumbó. Ahora no sé lo que quiero. Primero creí que su amistad me brindaría lo que tanto faltaban en mi vida, el apoyo y la ternura de una mano femenina. Después creí que hasta podía normalizarme y ser como los demás: tener una mujer un hogar... Pero fui un estúpido. (*Se hace un silencio. El Padre se ha quedado desconcertado.*) En fin, creo que he llegado a una verdad. Diga a Isabel que baje, creo que será mejor que lo sepa por mí... Por una vez en mi vida, me sentiré orgulloso de mí mismo.

Padre.— (*Sube las escaleras peldaño a peldaño.*) Isabel, hija...

ESCENA 4

Isabel aparece por la parte alta de la escalera. El Padre permanece en el descanso; mientras Hernán está de pie en la sala. Al entrar Isabel el hechizo de la escena desaparece.

Padre.— Isabel, Hernán tiene algo que decirte. Los dejo solos.

El Padre sube por la escalera y al cruzarse con Isabel, le da una palmada en el hombro con ternura. Isabel va hasta la sala.

Hernán.— ¡Me he portado como un estúpido! No sé cómo perdí el control.

Isabel.— (*Consoladora.*) No importa.

Hernán.— Sí importa, hice el ridículo delante de tu padre.

Isabel.— Cálmate, Hernán.

Hernán.— Si lo hubieras oído... Nunca antes me había alguien hablado con tanta rudeza.

Isabel.— Es mejor olvidarlo. Yo tuve la culpa. No debí dejarte hablar a solas con papá. Siempre ha sido un egoísta, ahora que se da cuenta que puede perder su último asidero, es capaz de todo con tal de conservarlo.

Hernán.— ¿Crees de verdad que ése fue el motivo?

Isabel.— Estoy segura, y ahora que se ha ventilado el problema, creo que va a ser muy difícil volver a lo de antes.

Hernán.— (*Más calmado.*) Creo que me odia.

Isabel.— A ti, no. Odia a cualquiera que intente destruir su pequeño mundo.

Hernán.— Ningún daño le he hecho.

Isabel.— Conscientemente, no, pero en esta vida todos nos dañamos unos a otros sin proponérselo, es más, sin ni siquiera enterarnos.

Hernán.— Sólo quiero que me deje en paz.

Isabel.— Te dejaré, de eso yo respondo.

Hernán.— Si me vuelve a hablar como lo hizo, no sé cómo reaccionaría.

Isabel.— ¿Qué fue lo que te dijo?

*Hernán se desconcierta, piensa un momento y después habla como un autómatas.
La decisión fue tomada y ya no recapacita.*

Hernán.— (*Miente.*) Tu padre quiere que nos separemos, me ha pedido que no te vuelva a ver.

Isabel.— No tiene derecho a pedirnos eso.

Hernán.— Eso mismo le dije, pero se burló de mí diciendo que no podría hacerte feliz.

Isabel.— Ya me has hecho feliz, Hernán.

Hernán.— Dijo que no me querías, que lo que querías era tener un hijo.

Isabel.— Pero, Hernán, una cosa viene con la otra.

Hernán.— ¿Y si no pudieras tener más que una?

Isabel.— (*Duda por un momento.*) Te querría ti, Hernán.

Hernán.— ¿De verdad soy capaz de inspirarte ese amor?

Isabel.— No repitas nunca eso. El hecho de que estoy aquí junto a ti ¿no te dice algo?

Hernán.— Significa mucho para mí, pero ¿me querrás siempre, a pesar de lo que pueda suceder?

Isabel.— ¿Y qué puede suceder?

Hernán.— Uno nunca sabe que jugada le guarda el destino. Yo jamás pensé estar sentado aquí contigo, y menos estar hablando como lo hacemos.

Isabel.— Hernán, nunca hemos hablado de matrimonio. ¿Te gustaría que algún día fuera tu mujer?

Hernán.— Si tú lo quisieras.

Isabel.— Yo siempre he tenido esa esperanza.

Hernán.— Isabel, pronto será todo diferente para nosotros. Creo que serás más feliz.

Isabel.— (*Esperanzada.*) ¡Sé que lo seré! ¿Te imaginas? Todo será diferente porque voy a ser tu esposa.

Hernán.— Isabel, yo...

Isabel.— (*Sorbiéndole las palabras.*) ¿Sí...

Hernán.— Yo también quiero que seas mi esposa.

Isabel.— Así lo espero.

Hernán.— Isabel, eres una mujer magnífica y te mereces lo mejor... lo mejor del mundo.

Isabel.— ¡Lo tengo, Hernán!

Hernán.— No lo tienes... ¡no puedes tenerlo

Isabel.— Hernán, olvidémonos de todos y de todo, tratemos simplemente de vivir

Hernán.— ¿Y si no somos felices?

Isabel.— La felicidad es algo tan subjetivo. Hoy por ejemplo

Isabel.— (*Muy incómoda cambia de tema.*) Anda, vamos a tomar un café. Te reconfortará.

La pareja va al comedor.

Hernán.— Si tu padre no me hubiera hablado con la frialdad con que se disecciona un cadáver...

Isabel.— No hablemos más de ello. (*Sirve una taza de café.*) Toma tu taza. (*Sirve otra para ella.*) Vamos a la sala. (*Lo hacen y, sentados, beben el café.*)

Hernán.— Tu padre no me comprende, Isabel... Nadie me comprende.

Isabel.— Yo deseo comprenderte.

Hernán.— Lo sé y lo agradezco. Creo que pronto me conocerás tal cual soy.

Isabel.— Así lo espero.

Hernán.— ¡Isabel, eres una mujer magnífica y te mereces lo mejor del mundo!

Isabel.— Ya lo tengo.

Hernán.— No, Isabel, no puedes tenerlo.

Isabel.— Hernán, olvidémonos de todos y de todo, tratemos simplemente de vivir.

Hernán.— ¿Y si no somos felices?

Isabel.— La felicidad es algo tan subjetivo. Hoy por ejemplo, me he sentido todo el día triste y no sé porqué. Acaso porque tuve un sueño horrible anoche.

Hernán.— ¿Qué soñaste?

Isabel.— (*Duda un instante.*) No lo recuerdo, fue un sueño extraño, sofocante... (*Suspira.*) En fin... Debe ser hermoso vivir en otro mundo, con otras personas. Muchas veces me pongo a imaginar un lugar soleado, con una casa pequeña con sólo lo indispensable y nada más, y llevar ahí una vida tranquila... (*Hernán ha dejado de escucharla.*) Y si hay mar cerca, mejor. ¡Qué bonito es contemplar el mar con su inmensa fuerza sin barreras, libre, omnipotente! Hace mucho que no voy al mar. La última vez que fui con mamá, fue el verano antes de que muriera. (*Isabel mira a Hernán.*) Hernán, no me estás escuchando, ¿qué te pasa?

Hernán.— Nada, te escuchaba.

Isabel.— Me llevarás al mar cuando nos casemos.

Hernán.— (*Lejano.*) Sí, cuando nos casemos...

Isabel.— Será hermoso estar tú y yo ahí solos frente al mar.

Hernán.— Frente al mar...

Isabel.— Tengo ganas de bañarme al atardecer y que la espuma me moje la cara. ¡Hernán, tengo tantos deseos por realizar!, me ha faltado tanto por vivir. Solamente recuerdo estas paredes, hartas conocidas y odiadas. Conozco esta casa también como a mí misma, sé donde está cada cosa, adivino su sitio, el mismo que le dio mamá y el que ha tenido durante todos estos años. Sabes, Hernán, me gustaría hacer una pira con todos los cuadros, con los muebles y las figurillas de porcelana y contemplar cómo se consumen hasta llegar a cenizas. Después pintaría toda la casa de blanco y amueblaría con los mínimos una cama, una mesa y dos sillas, como si fuera la celda de un convento. (*Mira a Hernán.*) ¿Qué te pasa? ¿Te noto distante?

Hernán.— (*Toma la mano de Isabel.*) Te estoy escuchando... ¿y qué más quisieras tener?

Isabel.— (*Íntima.*) Un perrito de peluche... biberones...

Hernán.— (*Cortando triste.*) ¿Y un niño?

Isabel.— Será tuyo y mío, y se parecerá a los dos. ¿Te gustaría?

Hernán.— (*Seco.*) Sí.

Isabel.— ¿Nada más sí?

Hernán.— Mucho. Me gusta lo que te gusta a ti.

Isabel.— ¿Me quieres Hernán?

Hernán.— ¿Por qué me lo preguntas ahora?

Isabel.— Necesito oírtelo decir.

Hernán.— Tú sabes que sí.

Isabel.— Hernán, eres lo único que tengo. Nunca me abandones.

Hernán.— Nunca me habías hablado así. ¿Qué te pasa?

Isabel.— Tengo un miedo terrible a seguir siendo una decoración más en esta casa, (*Ríe entre dientes.*) y no una de las más artísticas.

Hernán.— En esta casa, tú eres la mejor.

Isabel.— (*Mimosa.*) ¿Cuándo vas a regresar de tu viaje?

Hernán.— Ya te lo dije, en dos o tres emanas.

Isabel.— ¿Y después?

Hernán.— Después todo seguirá igual.

Isabel.— Todo tiene que cambiar.... Tenemos que renovarnos totalmente. Yo no voy a ser la de ahora, seré diferente. Más mujer porque seré tu esposa... y madre. Lo que dijo papá no debiera afectarte. Lo hace por egoísmo, no quiere que me separes de su lado. ¿Lo comprendes? (*Hernán asiente.*) Si te ofendió lo hizo sin intención.

Hernán.— (*Con resquemor.*) No... La toma de conciencia es la que lastima.

Isabel.— Me escribirás a diario.

Hernán.— Si así lo quieres.

Isabel.— Parecerá que no te has ido. Te voy a extrañar, pero seré feliz pensando en esta noche. No sabes el momento maravilloso que me has hecho vivir.

Hernán.— (*Mintiendo.*) Es que es todo tan complejo... Tu padre se opone terminantemente a nuestra relación.

Isabel.— ¿Y eso te importa?

Hernán.— Nada podremos hacer sin su consentimiento.

Isabel.— ¿Por qué no? Si siempre ha decidido por mí, ¿por qué no voy a decidir aunque sea una vez en mi vida? Yo conozco a mi padre, cambiará de opinión, él mismo me llevará al altar. Lo sé perfectamente. A tu vuelta verás que todo se arreglará. ¿Sabes, Hernán, que tengo una gran esperanza puesta en ti?

Hernán.— Lo sé.

Isabel.— Quisiera despedirte mañana en la estación.

Hernán.— No me gusta que me digan adiós... es como tener conciencia de que una parte de nuestra vida ya no existe, que pasó a ser sólo un recuerdo.

Isabel.— Tonto, si lo único que permanece son los buenos recuerdos, todo lo demás pasa.

Hernán.— No, el que vive de recuerdos ya comenzó a morir, porque vivir es precisamente dar motivos a los recuerdos.

Isabel.— Si te fueras ahora y no volvieras jamás, tendría de ti muchos recuerdos, los mejores, porque tú me has hecho sentirme mujer. (*Hernán sonríe.*) ¿Por qué sonríes?

Hernán.— Me pareció irónico que yo te hiciera sentir mujer

Isabel.— Tú me has hecho cambiar más de lo que te imaginas, tanto que no podría volver atrás. Voy a contarte un secreto. Antes era muy religiosa, ahora me he vuelto indiferente. Nadie lo ha notado porque externamente sigo siendo la misma, pero interiormente siento a Dios demasiado distante, demasiado etéreo. Ahora necesito un dios de carne para adorarlo, como si al descubrir el amor humano hubiera perdido el amor divino.

Hernán.— No sabes lo que dices.

Isabel.— No me arrepiento porque he emprendido un camino del que no pienso retroceder. Triunfe o fracase.

Hernán.— Triunfarás porque tienes esperanza.

Isabel.— (*Habla para sí.*) Mi niña espereza tiene que crecer y ser fuerte para que me sostenga. (*Mira a Hernán.*) Me gusta llamarla así, mi niña esperanza, como la llaman en

unos versos que leí... (*Recapacita.*) Es tarde... No quiero que te preocupes por mí. Todo será para bien.

Hernán.— Esa es una frase perfecta. Todo será para bien. (*Se incorporan y se dirigen a la puerta de salida.*) Si te comente algo tu padre, no le digas nada de lo que hablamos.

Isabel.— Prometido. (*Isabel abraza a Hernán y él responde tomándole una mano que acerca a la boca con intención de besarla.*) Hasta pronto, Hernán.

Hernán sonríe y hace mutis.

Escena cuarta

Isabel va a la sala y recoge las tasas, luego se dirige a la cocina, cuando repentinamente oye un ruido en la cocina, abre la puerta interior y descubre a Roberto.

Isabel.— ¿Qué haces ahí? (*Roberto entra al comedor.*)

Roberto.— (*Miente.*) Vine a verte, pero no sabía si era oportuno y decidí entrar por la puerta de atrás porque no le habías puesto el seguro.

Isabel.— ¿Cuánto tiempo tenías ahí escondido?

Roberto.— Solamente unos minutos. No te enojés, Isabel, te prometo que no lo volveré a hacer.

Isabel.— Olvídalo, no es para tanto.

Isabel.— Roberto, eres el primeo a quien participo: Me caso con Hernán.

Roberto.— (*Serio.*) ¿Cuándo?

Isabel.— Hernán me ha dicho que volviendo de su viaje, arreglaremos todo. ¡Te imaginas yo casada! El sueño de anoche fue de buen agüero.

Roberto.— (*Triste.*) Mis felicitaciones.

Isabel.— ¿Por qué ese tono? ¡Hombres! Nunca los voy a entender. (*Sarcástica.*) ¿Estás celoso?

Roberto.— No, es que la noticia me tomó por sorpresa.

Isabel.— Dices que a ti nunca te agradezco una taza de café, pues ahora te la hago efectiva. Hoy es un gran día y hay que festejarlo. (*Isabel se dirige a servir el café.*)

Roberto.— Isabel, ¿no te engañas?

Isabel.— Hernán me dijo que deseaba que fuera su esposa. Tengo que comenzar a preparar todo. Voy a tener tanto qué hacer. Bendito de mi padre que se metió en lo que no le

importa y por primera vez perdió la jugada. Yo estaba segura que si hablaba con Hernán, se podían precipitar los acontecimientos.

Roberto.— (*Desesperado.*) ¡Yo te mentí, no tenía unos minutos solamente en la cocina, estuve mucho más.!

Isabel.— ¿Qué me quieres decir?

Roberto.— Que no salí de esta casa esta tarde cuando llegó Hernán. Perdóname no, no debí hacerlo, pero tenía curiosidad. (*Para sí.*) ¿Por qué no me fui cuando me lo pediste?

Isabel.— ¿Pasa algo malo? (*Silencio de Roberto.*) ¡Dímelo!

Roberto.— (*Casi llorando.*) Hernán, te mintió.

Isabel.— No puede ser, tú debes haber oído mal.

Roberto.— No, Isabel, lo escuché claramente. Don Alfonso quería que se casara y Hernán se negó... Isabel, perdóname, no quiero hacerte daño.

Isabel.— (*Fría.*) ¿Estás seguro?

Roberto.— Hernán no piensa regresar de su viaje.

Isabel.— (*Reaccionando.*) De modo que perdí la partida. Todo fue en vano.

Roberto.— Todavía puede arrepentirse Hernán y regresar.

Isabel.— No, ahora lo veo claro. Ahora comprendo algunos hilos que andaban sueltos. Hernán se acabó para mí. Y con él se acabo todo

Roberto.— No todo está perdido.

Isabel.— Voy a volver a ser lo que tanto he odiado. Mi padre tenía razón. ¿Por qué siempre termina teniendo la razón? Ya no voy a ser la que era antes, como dice él, porque ahora he probado la miel... y todo me va a saber amargo.

Roberto.— Pero antes eras feliz.

Isabel.— Inconscientemente feliz, pero ahora voy a ser conscientemente desdichada.

Roberto.— De noche todo se ve confuso. Mañana pensarás diferente, te lo aseguro.

Isabel.— Qué difícil será resignarme. Sabes, siempre he sentido vivida, primero por mi padre, ahora por las circunstancias. ¿Por qué no puedo tener mi propia vida. Aunque sea una vez poder decir: “yo elegí esto y acerté, o yo elegí esto y me equivoqué. (*Mira fijamente a Roberto.*) Pobre, Roberto, no me mires así. Tú no lo comprendes, algún día desgraciadamente tendrás que vivir algo semejante a lo mío.

Roberto.— Si hubiera sabido que te iba a hacer tanto daño, no te hubiera dicho la verdad.

Isabel.— ¿Y seguir creyendo en una mentira? Hubiera sido peor. Hiciste muy bien en decírmelo, te lo agradezco.

Roberto.— Si yo pudiera hacer algo...

Isabel.— Lo sé, siempre he podido contar contigo... No sabes lo terrible que es volar como las aves del corral, después de haber volado como las águilas.

Roberto.— No te desesperes, Dios está contigo.

Isabel.— Hace un momento oíste lo que le decía a Hernán. No es que haya perdido la fe, Dios tiene que existir de alguna manera, pero lo siento tan distante... tan poco amable... Cuando hace unos momentos se lo comentaba a Hernán, me parecía una ganancia, ahora no sé qué pensar, he perdido a los dos y no creo que pueda recobrar a ninguno. Si yo hubiera nacido diferente (*Sonríe con autocomplacencia.*) Es inútil refugiarse en los condicionales. Yo nací Isabel y estoy destinada a vivir la vida de Isabel. ¡Esta visto que no me puedo desviar un ápice!

Roberto.— Yo no veo qué tiene de malo vivir aquí en tu casa con tu padre y dar clases en la escuela.

Isabel.— Tú no lo entiendes y es mejor así. ¿Quién pudiera ser tan inconsciente como tú? Roberto, todos llevamos escrito en nuestro ser una necesidad, tan imperiosa como la de comer y beber, es la de amar, y yo ahora, más que nunca, necesito saciarla.

Roberto.— (*Con sinceridad inocente.*) Yo te quiero.

Isabel.— Te lo agradezco, pero tú mismo engañas, todo lo que sientes por mí es fruto de tu edad. Algún día querrás mucho a una mujer y me comprenderás. Tú eres un gran muchacho, te mereces el mejor de los destinos, y Dios quiera que lo tengas. He seguido de cerca tu vida desde que era niño y tu madre murió. Jugué contigo a ser madre y fuiste el único niño que he tenido entre mis brazos, y por los visto, el único que tendré.

Roberto.— Me duele oírte hablar así.

Isabel.— Sabes, en el fondo, no me importa tanto perder a Hernán, como perder la oportunidad de ser madre. Tan siquiera en mi sueño, tuve la dicha de sentirme madre por un instante.

Roberto.— No todo está perdido.

Isabel.— Todo ha terminado. Compréndeme, Roberto, me estoy volviendo vieja. Yo nunca tuve la habilidad de agradar, nunca poseí simpatía, ni belleza, por eso ahora que casi perdí mi juventud, ¿qué esperanza me puede sostener?

Roberto.— No debes, desesperar de esa forma. La vida no es como tu sueño, siempre queda esperanza.

Isabel.— No, Roberto, la vida es como mi sueño: Una vez escogido el camino, ya no hay salvación. ¿No te das cuenta que lo que tenía con el sueño entre mis brazos era mi niña esperanza? Ella fue la que ahogué en mi regazo al intentar huir... y era sólo una niña pequeña.

Roberto.— Yo no creo que sea la interpretación de tu sueño. Yo me inclinaría a pensar que la solución la tiene el viejo.

Isabel.— Quizá, pero no deja de ser simplemente un sueño... Roberto, me siento sola... Si sólo pudiera tener aunque fuera un pequeño motivo para vivir, viviría agradecida con el cielo, o con el infierno, no me importaría cuál, haría pacto con mi Dios o con mi demonio.

Roberto.— No sabes lo que dices. No me gusta oírte hablar así. Hay otros motivos para vivir... todo lo que nos rodea... Tu padre, tus alumnos... yo.

Isabel.— Pero ninguno de ustedes es auténticamente mío. Mira Roberto, la principal característica del amor humano es que es posesivo. Deseas y poseen, y yo con ustedes ni poseo ni me poseen.

Roberto.— No vas a poder seguir viviendo así.

Isabel.— Olvídalo, soy una tonta. (*Repentinamente va hacia la puerta principal y la abre.*) Hasta mañana, Roberto.

Roberto.— (*Triste.*) Que descanses.

Roberto inicia mutis. Paralelamente aparece el Padre en la parte alta de la escalera, lleva una bata de casa y pantuflas.

Padre.— Oí que abrían la puerta. ¿Ya se fue Hernán?

Isabel.— Si, papá, se fue definitivamente. (*El Padre quiere decir algo y es interrumpido.*) Descuida, todo está bien. Platicaba aquí un momento con Roberto.

Roberto.— Buenas noches, don Alfonso.

Isabel.— Buenas noches, Roberto. (*A Isabel.*) No te quedes mucho en la puerta, afuera hace viento y te podrías resfriar.

Isabel.— Pierde cuidado, papá, en un momento más voy adentro.

El padre hace mutis por la parte superior de la escalera.

Roberto.— Mañana, al salir de la escuela pasaré a saludarte.

Isabel.— Aquí estaré. (*Roberto inicia mutis.*) Espera, Roberto, se me ocurre una idea que puede ser mi salvación... Es una ideal totalmente loca... pero es mi única esperanza.

Roberto.— ¿Qué es?

Isabel.— Te voy a hablar como lo haría a un hombre hecho y derecho, y si lo hago así es porque sé que ya lo eres. Fíjate bien en lo que voy a decir. Yo jugué contigo un día a ser madre, ¿por qué no voy poder jugar contigo a ser esposa?

Roberto.— (*Desconcertado.*) No te comprendo.

Isabel.— Es muy sencillo. Mira, eras pequeño y yo serví e madre porque tú perdiste a la tuya, ahora que eres grande me puedes servir de marido, porque yo no tengo el mío.

Roberto.— Eso no puede ser. Es absurdo. Si se pudiera, lo haría, pero me llevas muchos años.

Isabel.— Tonto, si es por un momento nada más. Roberto, necesito un hijo y lo voy a conseguir cueste lo que cueste, y ¡qué mejor que sea contigo que me conoces y me comprendes y no con otro hombre que interprete mal mis intenciones!

Roberto.—Podrías adoptar un niño.

Isabel.—Lo he pensado pero jamás me sentiría auténticamente madre.

Roberto.— (*Temeroso.*) Isabel, yo nunca...

Isabel.— (*Corta.*) No importa, yo tampoco. (*Roberto se sonroja.*) No bajes los ojos, no tienes de qué avergonzarte.

Roberto.— No es correcto en esa forma, cada cosa tiene su cauce propio, tú me lo enseñaste.

Isabel.— (*Violenta.*) ¿Y qué cause me corresponde a mí? (*Roberto mira perplejo a los ojos de Isabel. Continúa con dulzura*) Será un secreto entre tú y yo....

Roberto.— Cuando los demás se enteres, ¿qué les vas a decir?

Isabel.— Les contaré gozosa mi única verdad. Que he concebido un hijo o una hija que es la alegría de mi alma.

Roberto.— Y cuando crezca, ¿qué le dirás?

Isabel.— Toda la verdad, ella o él me comprenderá. Tú lo verás. (*Isabel abre la palma de la mano y muestra a Roberto, éste la toma y juntos suben peldaño a peldaño la escalera.*) ¿Sabes que es elegir? (*Atónito Roberto niega.*) ¡Elegir es sacrificar... por eso mi vida va a ser, desde este instante, el inmenso cansancio de sacrificar!

La pareja desaparece por la parte alta de la escalera rumbo a la habitación de Isabel.

Monterrey, Nuevo León
12 de diciembre de 1968

Guadalajara, Jalisco
Labor de mecanografía
6 de septiembre de 2011